

## El espacio imaginario; aproximaciones psicoanalíticas

● ALEJANDRO GÓMEZ CORTÉS

El sueño, la vía regia para abordar el inconsciente, es por excelencia la actividad imaginaria primordial de la subjetividad humana. El psicoanálisis lo ha utilizado como modelo dinámico para comprender otros equivalentes oníricos de la vida despierta como son: el delirio, la ensoñación, la alucinación, la creencia, el juego, el comportamiento mágico, el ritual, el mito y la transferencia, entre otros. En esta oportunidad comento la psicogénesis del espacio imaginario como estructura que se constituye en el sujeto humano como ser en desarrollo, y de las consecuencias de una formación insatisfactoria del mismo, que afecta tanto el área de la salud como el de la creatividad.

Inicio mis reflexiones a partir de la evolución del concepto del sí mismo (*self*), ese centro de la experiencia a partir del que podemos reconocer nuestra identidad y a través del cual damos un sentido personal a nuestra existencia.

El sí mismo evoluciona desde un estado indiferenciado, preverbal, a partir del nacimiento (y posiblemente desde antes), hasta la individuación participativa y trascendente, del sujeto desarrollado, en caso de darse un proceso satisfactorio. Es posible reconocer su evolución a través de la reconstrucción histórica psicoanalítica que en este caso abordaría desde la individuación y autonomía del niño con respecto al cuerpo materno. El proceso formativo del espacio imaginario se establece en secuencias que corresponden a otras tantas formas de relacionamiento con la madre y que van permitiendo formaciones psíquicas que conforman la organización de la expe-

riencia subjetiva y definen un sentido, es decir, una forma de relación. Trataré en lo posible de describirlos sin recurrir al lenguaje psicoanalítico; pero antes quisiera definir algunos conceptos en el sentido en que son utilizados en la teoría y práctica analíticas.

En el psicoanálisis clásico el término proyección se refiere al mecanismo por el cual un sujeto atribuye al exterior fenómenos que no reconoce como propios; los delirios persecutorios y la envidia constituyen buenos ejemplos de esto.

Las investigaciones recientes de esta disciplina, y en particular su desarrollo en el campo de lo psicosomático, extienden el fenómeno proyectivo al sueño mismo. Sin embargo, antes del sueño, se encuentra el *self* como un principio de creación, pura voluntad de ser que también se manifiesta en lo onírico. El sueño es, entonces, la primera estructura imaginaria en donde el inconsciente es representado. Sin embargo, el sujeto necesita otros espacios de representación que le permitan una comunicación satisfactoria con el exterior; es entonces cuando el cuerpo toma el papel de sustrato, medio y centro de experiencias subjetivas. La relación sana con la madre permite este fenómeno al establecer un espacio de ilusión como lo expondré brevemente más adelante.

El ser humano requiere construcciones conceptuales y metafóricas para formarse un modelo de la naturaleza. El pensamiento racional y su correlato, la conciencia de la propia existencia, representan la estructura más evolucionada de la especie humana que permite una aproximación a la realidad en términos de entendimiento, dualidad y separatividad necesarias para la supervivencia de la especie y para la creación de modelos sociales de convivencia. Por otra parte, la razón intuitiva y las experiencias sensorial y emocional nos acercan a una realidad comprendida.

Todo parece indicar hasta el momento que el *self* es una potencia virtual capaz de reconocer el cosmos; como producto de evolución de la naturaleza, este reconocimiento es su primera misión si el *self* se integra a un ambiente facilitador.

El pensamiento arquetípico demuestra que el hombre hereda una predisposición física hacia las imágenes como estructuras heredadas del cerebro, que lo predispone a la invención de clases particulares

de símbolos o a la creación de figuras míticas universales. El cuerpo funciona como mediador entre la experiencia interna y la externa y la imaginación vincula al cuerpo con la mente; no hay imagen que no esté primeramente representada en la experiencia somática. Requerimos este anclaje como primera formación para desarrollar estructuras metafóricas más complejas. El hecho de incorporarnos cuando comenzamos a caminar, por ejemplo, nos permite capturar la experiencia del equilibrio. No podríamos tener claridad sensible ante principios de justicia, de balance de fuerzas, etc., sin haberla vivido como experiencia corpórea. Es el cuerpo propio el depositario de nuestra memoria más profunda, pero ésta no puede ser evocada más que a partir de la comunicación metafórica. La sobrevaloración de la inteligencia conceptual racional y propositiva en nuestros tiempos, que se caracterizan por una inquietud prometeica de dominar el mundo, ha dejado de lado esa otra parte del conocimiento que se vive en la experiencia corpórea.

Para poder comprender este proceso, imaginemos lo que ocurre en el binomio madre-hijo entre el nacimiento y los dos meses de edad. El bebé es amamantado, acariciado, arrullado, en un acercamiento de contacto piel a piel, como dos superficies planas superpuestas que se tocan en relaciones de inclusión recíproca; todos los sentidos son estimulados en términos de tacto y movimiento; aún no existe una noción diferenciada del adentro y del afuera, ni del aquí y el allá; de esta forma, el niño identifica a la madre y es identificado a su vez como un objeto parcial; aquí la piel edita su primer mapa afectivo. En este primer patrón del espacio imaginario, el cuerpo queda constituido como órgano de representación en donde se establecen los intercambios imaginarios del sí mismo y el otro.

Aunque no es la intención ni los alcances de este trabajo, quiero mencionar que en este periodo se establecen las patologías psíquicas y somáticas más complejas. Basta percibir la semejanza de esta forma de experiencia con la pérdida de "contacto" con la realidad de las personas gravemente dañadas. La siguiente estructura se establece entre los dos y los seis meses de edad. Es en éste período en donde se comienza a integrar la imagen corporal, al abrirse un camino más hacia la autonomía y una nueva conceptualización de la realidad.

Al continuar los intercambios corporales, se establecen nuevos ritmos de acercamiento y expresiones afectivas que le permiten al bebé concebir por primera vez la noción de distancia y se manifiesta la primera experiencia de separatividad física y reconocimiento del otro como entidad separada. En este periodo son abandonados parcialmente el tacto y el movimiento como puntos referenciales del espacio imaginario.

La vista adquiere aquí un lugar privilegiado. Al alejarse la madre se lleva consigo el punto de fuga desde donde el niño establece su imagen; ella es ahora un espejo que aprueba o desaprueba, ama o desama. En este espacio se ejercita la voluntad y se crea una apreciación más profunda del tiempo y la distancia.

Entre los siete y quince meses de edad hay un regreso a la atención corpórea; entonces se puede localizar al otro en relación con uno a partir de la relación privilegiada del adentro y el afuera.

Es el inicio de un acercamiento subjetivo a la comprensión de la realidad. Si por alguna causa esta modalidad espacial no logra una configuración satisfactoria o suficiente, se clausura la posibilidad de construir metafóricamente, y el individuo queda incapacitado para la comprensión de la estética, la religiosidad y la ética.

Una vez establecidas las condiciones anteriores, surge la palabra como un nuevo constructo organizador, y con éste la fascinación del niño por nombrarse y evocar con fonemas sus partes corporales. El cuerpo toma la palabra y se hace verbo. El lenguaje hablado expresa entonces el vínculo entre lo real y lo imaginario si se conserva su carácter simbólico y no se trivializa en un instrumento oficial de comunicación que deja de ser expresión de la subjetividad. Es importante aquí mencionar que las normas contemporáneas promueven la operativización del lenguaje como un valor de salud con lo que los individuos son cada vez menos conscientes de su vida interior.

La normatividad moderna califica como sanos a individuos sobreadaptados a las exigencias de productividad y rendimiento racionales.

El fenómeno del objeto transicional (la frazada) es un buen ejemplo de la manera en la que el niño estructura todo un espacio simbólico alrededor de un objeto. El cordón, la almohada, la succión del

pulgar, o lo que el niño elija, adquieren el carácter de símbolos, en donde recrea su mundo interno. Es bien conocido en la patología analítica el daño que la ausencia de éste fenómeno tiene en la capacidad creativa.

Una vez establecido el cuerpo propio como esquema de representación, las coordenadas referenciales adelante-atrás, arriba-abajo, adentro-afuera, etc., son utilizadas como modelos para interpretar "la realidad". De aquí en adelante, la percepción, la fantasía, e incluso el sueño, se organizan alrededor del mismo esquema regulador, la corporeidad se hace símbolo y el sueño realidad, es entonces cuando el cuerpo se convierte en un organizador dialéctico entre lo real y lo imaginario que regula la experiencia subjetiva.

El niño nace con un temperamento; esto es, una fuerza creativa de la naturaleza. La empatía y la intuición maternas permiten guiar y organizar ese universo pulsional.

No basta un solo significado del mundo. Aunque debemos actuar en la razón en cuanto seres racionales, una comprensión total involucra la experiencia del cuerpo; fenómeno común a todo espacio sagrado, llámese místico, religioso, erótico o estético, ese espacio nace del arrullo materno.

El psicoanálisis se practica a través de lo que se llama un encuadre, el cual tiene todas las condiciones de un ritual en donde se revivifican experiencias pretéritas (transferenciales) con la intención de reconstruir el mito personal, lo que permite un marco de referencia existencial. La experiencia terapéutica se convierte en un proceso vivencial; la verbalización que tiene como objeto hacer consciente lo inconsciente no se maneja en términos racionales como en otras disciplinas terapéuticas. La asociación libre del paciente y la atención flotante del analista simulan un encuentro poético.